



Martín González de la Vara

“La lucha por la independencia mexicana en Texas”

p. 79-104

*La independencia en el septentrion de la Nueva España:
Provincias Internas e intendencias norteñas*

Ana Carolina Ibarra (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2010

424 p.

Mapas y cuadros

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 55)

ISBN 978-607-02-1586-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de marzo de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/533/independencia_septentrion.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA MEXICANA EN TEXAS

MARTÍN GONZÁLEZ DE LA VARA
El Colegio de Michoacán

Durante la primera etapa de la lucha independentista mexicana Texas desempeñó un papel fundamental que llevó a varios líderes insurgentes —entre ellos al propio Miguel Hidalgo— a buscar formar una base rebelde en esa provincia que ofrecería muchas ventajas estratégicas para su movimiento. Luego la importancia de Texas disminuyó, pero la provincia nunca pudo retomar su vida institucional previa. Una serie de movimientos políticos y sociales ligados directa o indirectamente a la lucha armada se desencadenaron en Texas y, aunque ya no tuvieron gran efecto fuera de la provincia, prefiguraron en cierta manera lo que serían las historias texana y del norte de México en la primera mitad del siglo XIX. Este ensayo trata de describir una historia poco conocida y divulgada dentro de nuestro país —que tuvo un fuerte impacto en el movimiento de independencia del cual estamos ahora conmemorando su bicentenario—, así como integrar esa historia provincial a nuestra historia nacional para verlas ambas con mejores perspectivas.¹

¹ La historia de la independencia en Texas ya ha sido relatada con todo detalle en varias ocasiones principalmente por historiadores estadounidenses y unos pocos mexicanos. Las principales obras que sirvieron de base a este trabajo fueron: Lucas Alamán, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon la Independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, v. 2-4; Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, v. 1, 2 y 4; Carlos Eduardo Castañeda, *Our Catholic Heritage in Texas, 1519-1936*, Austin, von Boeckmann-Jones Co., v. V y VI, 1942 y 1950 respectivamente; Donald E. Chipman, *Spanish Texas, 1519-1821*, Austin, University of Texas Press, 1992; Odie B. Faulk, “The Last Years of Spanish Texas”, tesis doctoral, Texas Technological College, 1962; Vicente Filisola, *Memorias para la historia de la guerra de Tejas*, México, Tipografía de Alberto Rafael, 1848, 2 v., v. I, p. 47-122; Julia K. Garret, *Green Flag over Texas: A History of the Last Years of Spain in Texas*, Austin, Pemberton Press, 1969 y Hubert Howe Bancroft, *History of North Mexican States and Texas*, San Francisco, The History Company, 1889, v. 2 (Works of... 16).

I

Hacia 1810 Texas era una de las provincias más extensas, menos pobladas y más amenazadas del Imperio español en América. Sólo contaba con alrededor de 4500 habitantes no indígenas dedicados principalmente a la agricultura y la ganadería, agrupados en cuatro pequeñas regiones de poblamiento alrededor de los asentamientos de Nacogdoches, Trinidad, Goliad y San Antonio de Béjar, comunicados por apenas dos caminos y protegidos por un par de compañías presidiales con menos de trescientos efectivos. La base económica de la provincia era débil pese a la presencia de innumerables recursos naturales. La agricultura en las zonas cercanas a las poblaciones y la caza de animales como venado, bison, nutria, castor y especialmente de ganado mesteño eran las actividades más importantes, pero la falta de mercados hacía que esos artículos se destinaran mayoritariamente al autoconsumo y en muy pequeñas cantidades para el comercio con los llamados “indios bárbaros”.²

Desde su fundación, Texas fue una provincia destinada a servir de protección a los amplios territorios del norte novohispano ante las amenazas francesa, inglesa y posteriormente estadounidense. Pese al continuo interés en poblarla y protegerla, Texas mantuvo una población muy pequeña en su enorme territorio. En 1793, el virrey conde de Revillagigedo informaba:

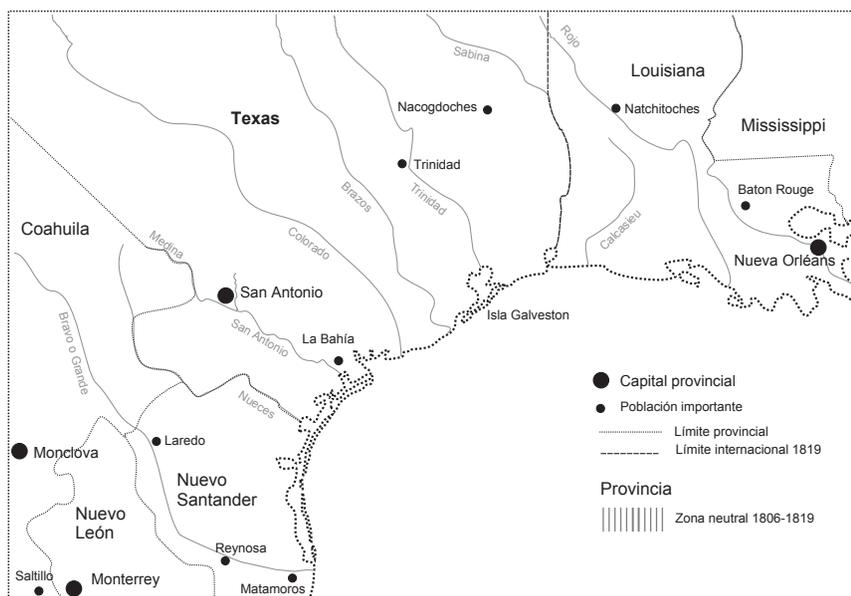
En todos sus vecindarios apenas podrá contarse con el número de poco más de 3000 almas distribuidas en la mencionada villa capital, en el presidio de San Antonio de Béjar reunido a ella, en la Bahía del Espíritu Santo, en la errante población de Nuestra Señora del Pilar de Bucareli y en algunos ranchos y misiones[...]³

A partir de 1803, la adquisición de Estados Unidos del enorme territorio de la Luisiana puso a Texas frente a frente con una potencia expansionista que no ocultaba su deseo de apoderarse de más territorio español, como lo demuestra la labor de espionaje y de establecimiento de relaciones con grupos indígenas de las grandes planicies

² En 1811, en su informe a las Cortes de Cádiz, Ramos Arizpe se quejaba de este cierre de mercados culpándolo de la pobreza de la provincia. Citado en Alessio Robles, *op. cit.*, v. 1, p. 53-54. Véase también Jack Jackson, *Los Mesteños: Spanish Ranching in Texas, 1721-1821*, College Station, Texas A&M University Press, 1986, *pass.*

³ Juan Vicente Güemes y Pacheco, segundo conde de Revillagigedo, *Informe sobre las misiones – 1793 – e Instrucción reservada al marqués de Branciforte – 1794 –* ed. de José Bravo Ugarte, México, Jus, 1966, p. 66 (México Heroico, 50). Véase también Kathryn S. O'Connor, *The Presidio. La Bahía del Espíritu Santo de Zúñiga, 1721-1846*, Austin, von Boeckmann-Jones, 1966.

Mapa 1
TEXAS Y PROVINCIAS VECINAS



emprendida por Zebulon Pike. Como en otras ocasiones de crisis diplomáticas, las autoridades novohispanas reforzaron la presencia militar en el área llevando efectivos de las Provincias Internas de Oriente hasta sumar casi 2000 soldados de tropa presidial y milicianas en las zonas más expuestas de la provincia.⁴ Por algún tiempo, la guerra entre Estados Unidos y España parecía inevitable, pero a partir de 1806 los conflictos limítrofes entre Texas y el territorio estadounidense se resolvieron con la creación de la llamada “zona neutral” entre los ríos Sabina, Calcasieu y el Arroyo Hondo, según se puede ver en el mapa 1.

La creación de la zona neutral alivió las tensiones diplomáticas y los refuerzos militares se retiraron durante 1807, quedando poco más de cien efectivos en la región limítrofe de Nacogdoches. Sin embargo, la propia zona neutral se volvió un dolor de cabeza para las autoridades

⁴ Varios documentos acerca de los amagos de los estadounidenses en Texas se pueden seguir en Vicente Ribes Iborra, *Ambiciones estadounidenses sobre la provincia novohispana de Texas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1982 (Serie Documental, 7), p. 21-9.

provinciales al convertirse en refugio de abigeos, contrabandistas y otras clases de maleantes de los territorios de Texas y Luisiana. Desde allí se realizaban incursiones de tipo indígena a las dos provincias, se compraban y vendían los animales robados en tales incursiones y se llevaba a cabo todo tipo de contrabando, e incluso con el pretexto de comerciar con los indígenas se organizaban algunas entradas ilegales de estadounidenses a territorio español y viceversa. Las poblaciones de Nacogdoches en tierras españolas y Natchitoches en estadounidenses eran los lugares por donde pasaba ese contrabando y donde se vendían los bienes robados en la provincia vecina.

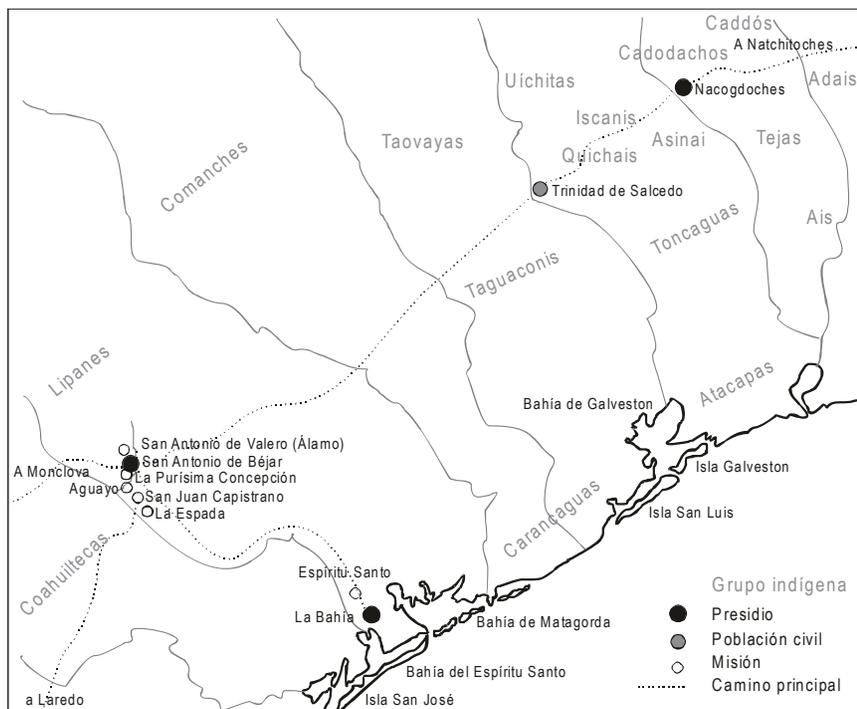
A fines de 1808 llegó a San Antonio Manuel de Salcedo —sobrino del comandante de la Provincias Internas de Oriente Nemesio Salcedo— para asumir el cargo de gobernador de Texas. Apenas ocupó el puesto, sobrevino la crisis de la invasión napoleónica a España que, afortunadamente para él, tuvo pocas repercusiones en Texas. Como a la provincia no se le otorgó el derecho de enviar un delegado propio a las primeras Cortes de Cádiz,⁵ Salcedo mandó en 1809 un largo informe acerca de Texas en el cual ensalzaba sus recursos naturales, deploraba el lamentable estado en que se encontraba por falta de población y apoyo gubernamental y su aislamiento y prevenía acerca de las ambiciones territoriales de los estadounidenses. También alertaba acerca de los trabajos que los estadounidenses estaban haciendo para extender los límites de la Luisiana:

Desde el instante mismo que el gobierno americano se posesionó de aquel dilatado territorio fue visible y es constante que, con miras a sacar partido, formó un notorio empeño en extender sus límites sin dispensar providencia alguna. Observé a un propio tiempo que fortificaba determinados puntos de la frontera, despachaba expediciones para reconocer el país y sugerir a la indiada, bajo especiosos pretextos ir a las provincias de Texas y Nuevo México, prevalido de la facilidad de su situación en el desemboque de los ríos Misuri, Arkansas y Colorado, que casi forzaba su amistad con las naciones indias cuya dominación corresponde a España y últimamente que con aparato de tropas amenazaba con posesionarse de terrenos que nunca pertenecieron a la enunciada provincia de la Luisiana.⁶

⁵ Nettie Lee Benson, "Texas Failure to Send a Deputy to the Spanish Cortes, 1810-1812", *Southwestern Historical Quarterly*, v. LXIV, n. 1, julio 1960, p- 1-22.

⁶ Citado en Isidro Vizcaya Canales, *En los albores de la independencia. Las Provincias Internas de Oriente durante la insurrección de don Miguel Hidalgo y Costilla, 1810-1811*, Monterrey, Archivo General del Estado de Nuevo León, 2003, p. 136. Véase también Nettie Lee Benson, "A Governor's Report on Texas in 1809", *Southwestern Historical Quarterly*, v. LXXI, n. 4, abril, 1968, p. 603-15.

Mapa 2
TEXAS EN 1810



Debido a instrucciones enviadas por su tío el comandante principal, Manuel de Salcedo dedicó los primeros meses de 1810 a inspeccionar la zona fronteriza de Nacogdoches con el fin de informar acerca de posibles entradas y de asentamientos ilegales de extranjeros. Salcedo quedó impresionado por la debilidad del dominio español en esas áreas y por la gran despoblación que estaban sufriendo, además de que tuvo que lidiar con los sempiternos conflictos entre misioneros y militares. Lo único que pudo hacer entonces fue conceder títulos a colonos españoles que ya estaban asentados en el lugar y carecían de ellos, tomar algunas medidas preventivas para impedir la llegada de más extranjeros, en especial franceses y estadounidenses, y, más que todo, Salcedo se dio cuenta de la extraordinaria porosidad de esa frontera, de los peligros que corría y cuán amenazada estaba por el incontenible expansionismo estadounidense.

II

Cuando Manuel Salcedo volvió a San Antonio a reasumir la gubernatura tras una breve ausencia, a partir de noviembre comenzó a recibir noticias del levantamiento insurgente de Miguel Hidalgo. Además, el mismo mes se supo de la rebelión de los angloamericanos avecindados en la Florida Occidental, de la toma que hicieron de Baton Rouge y de su declaración de independencia del Imperio español.⁷ Así, Texas se encontraba amenazado por dos frentes, de manera que Salcedo comenzó a pedir auxilios extraordinarios al centro del virreinato, pues el gobernador sabía de la endeble posición de la provincia en caso de que el levantamiento tuviera eco en el noreste novohispano. Como le indicaba el propio Salcedo a Calleja:

Esta provincia [de Texas] es la llave del reino y la más despoblada y exhausta de cuanto es necesario para su defensa y fomento pudiendo ser la más rica y un antemural respetable de las ambiciosas metas de nuestros vecinos.⁸

Sin embargo, como casi todas las tropas disponibles en la Comandancia General se apresuraron a reforzar a las tropas realistas en el centro del virreinato, Texas tenía que atenerse a sus propios recursos defensivos para hacer frente a esta crisis. De inmediato el gobernador provincial publicó bandos poniendo en práctica un toque de queda, reglamentando los bailes y otras actividades nocturnas y ordenando que todos los extranjeros que vivieran en Texas se presentaran a pasar lista en sus alcaldías, entre otras medidas de control.⁹ Incluso el 1 de enero de 1811, ya alarmado por los progresos alcanzados por la insurgencia, Salcedo publicó una proclama “a los fieles habitantes de Texas” en la que los invitaba a permanecer leales al rey.¹⁰ Al mismo tiempo, comenzó a discutir con Simón de Herrera —comandante inspector en Texas— las medidas de seguridad a tomarse en las siguientes semanas.

No obstante, Texas pronto fue alcanzada por el fuego revolucionario que se acercaba desde el sur. Una vez que Mariano Jiménez tomó San Luis Potosí en noviembre de 1810, se puso en riesgo la seguridad

⁷ Arthur Preston Whitaker, *The United States and the Independence of Latin America, 1800-1830*, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1941: 62; Bustamante, *op. cit.*, v. I, p. 121-123, y Ribes, *op. cit.*, p. 32-33.

⁸ Véase fragmento de la carta de Manuel Salcedo a Félix María Calleja del 21 de noviembre: *Ibid.*, p. 123 y Alamán *op. cit.*, v. II, p. 97.

⁹ Castañeda, *op. cit.*, v. V, p. 415-416.

¹⁰ *Ibid.*, v. V, p. 436.

de todas la Provincias Internas de Oriente. En los siguientes meses, la insurgencia se abrió paso hacia el Nuevo Santander, donde fue acaudillada por la poderosa familia Gutiérrez de Lara, que se unió a Jiménez con el fin de organizar rebeliones insurgentes en Nuevo León y Coahuila, cuya capital tomaron en enero de 1811. La noticia de la caída de Saltillo puso en guardia al gobernador Salcedo y al comandante Herrera, quienes comenzaron a vigilar más de cerca la entrada de personas a la provincia, pues se sospechaba que los insurgentes ya habían enviado emisarios a Texas.¹¹

Ambos tenían razón, pues una de las estrategias que había utilizado Mariano Jiménez para conseguir simpatizantes que consistía en invitar a los oficiales con mando de fuerzas a unirse a los insurgentes y era muy posible que ya hubiera comunicaciones clandestinas entre los alzados y los presidiales texanos. A fines de 1810, en las cercanías de San Antonio, los tenientes de milicia Ignacio Escamilla y Antonio Sáenz fueron arrestados por sospechas de que eran afines a la insurgencia. En enero de 1811, presionado por su tío y comandante, Manuel Salcedo mandó reunir las tropas asequibles en la región de San Antonio para enviarlas a las villas ribereñas del Nuevo Santander. Los milicianos y presidiales recibieron la noticia con gran suspicacia y, para colmo de males, el día 15 Antonio Sáenz escapó de su prisión ayudado por algunos simpatizantes de la insurgencia. Salcedo se percató de que en esas condiciones no podía abandonar la provincia y dio un paso atrás en la orden de conscripción. El día 18 el gobernador reunió a una junta de notables en San Antonio que le dieron garantías de su fidelidad al rey.

Sin embargo, en la mañana del 22 de enero un grupo de conspiradores encabezados por el capitán retirado Juan Bautista Casas, el alférez Vicente Flores y el alcalde Francisco Travieso logró convencer con facilidad a las tropas estacionadas en la ciudad de unirse a la insurgencia. Los rebeldes capturaron a Salcedo y a Herrera y los confinaron a prisión domiciliaria. Al igual que en otras rebeliones, los alzados liberaron a los presos de las cárceles, comenzaron a buscar “gachupines” y ordenaron la confiscación de sus bienes.

Tomando el liderazgo de la rebelión, Juan Bautista Casas comenzó a organizar una junta gobernadora. Envío correos a otras regiones de Texas y mandó parte de las acciones tomadas a Miguel Hidalgo, reconociéndolo como su superior en armas y gobierno. En Nacogdoches la rebelión fue aceptada y recibió un caluroso apoyo en la población

¹¹ Al respecto, véase James C. Milligan, “José Bernardo Gutiérrez de Lara: Mexican Frontiersmen, 1811-1841”, tesis doctoral, Lubbock, Texas Tech University, 1975, p. 10-17; Lorenzo de la Garza, *Dos hermanos héroes*, México, Cultura, 1939, p. 11-16 y Alamán, *op. cit.*, v. II, p. 90-102.

vecina de Natchitoches, desde donde los estadounidenses veían la insurgencia con gran simpatía; pero en La Bahía el capellán presidial Miguel Martínez se mostró abiertamente contrario a la insurgencia e hizo todo lo que pudo para evitar los apresamientos y la confiscación de bienes de españoles. Cuando la misiva dirigida a Hidalgo llegó a Coahuila, el gobernador insurgente Pedro de Aranda reconoció a Casas como gobernador de Texas, puesto que desempeñó a partir de febrero de 1811. A los “gachupines” aprehendidos, incluyendo a Salcedo y Herrera, Casas decidió enviarlos a Monclova como muestra de su celo insurgente ante Mariano Jiménez.

Poco a poco el entusiasmo insurgente por la fácil victoria comenzó a moderarse con el paso de las semanas al recibirse noticias de las derrotas sufridas por Hidalgo y Allende en el centro del virreinato. Pronto se supo que Jiménez e Hidalgo se dirigían hacia Texas separadamente y que varias fuerzas realistas —de Calleja, Bonavía y Salcedo, por ejemplo— intentaban cerrarles el paso. Asimismo, al saber que se estaba organizando una expedición marítima contra La Bahía que había salido de Veracruz al mando de Joaquín de Arredondo, los miembros del gobierno rebelde comenzaron a entrar en pánico. Sintiendo acorralado, Casas comenzó a actuar con paranoia y de manera arbitraria: a su llegada arrestó incluso al teniente Antonio Sáenz por un corto tiempo al dudar de su fidelidad, lo que le valió perder el apoyo de muchos de sus antiguos seguidores.

Esta situación de estancamiento fue aprovechada por los realistas texanos para organizar un contragolpe. Juan Manuel Zambrano, subdiácono en Monterrey y nativo de San Antonio, se convirtió en su líder. Zambrano comenzó a trabajar con Antonio Sáenz para quitar a Casas del poder local. En la noche del 1 de marzo de 1811 Zambrano organizó una junta realista que tuvo el poder suficiente para lograr la adhesión de los militares locales y para remover de su puesto y aprehender a Juan Bautista Casas en la mañana del día siguiente. Incluso entre los capturados se encontraba Ignacio Aldama, quien se dirigía a Estados Unidos con instrucciones de Miguel Hidalgo para encontrar aliados y pertrechos en ese país.¹²

III

La junta realista de inmediato emitió una declaración en la cual manifestaba que gobernaría protegiendo los intereses del país, del rey y de la religión y que haría públicas todas sus determinaciones, y estableció

¹² Alamán, *op. cit.*, v. II, p. 170-175, y Bustamante, *op. cit.*, v. IV, p. 158-160.

una especie de cogobierno con el cabildo de San Antonio. La primera tarea del nuevo gobierno era la defensa de la provincia, pues todavía estaba rodeada de tropas insurgentes, por lo que se comenzó a discutir un plan para fortificar la capital provincial. Al verse la imposibilidad de llevar a cabo tal fortificación, sólo se enviaron emisarios para que atravesaran territorio insurgente y se encontraran con autoridades realistas, en especial con el comandante Salcedo. Al mismo tiempo, se enviaron misivas a Jiménez informándole, erróneamente, que el pueblo y las autoridades de Texas seguían leales a la insurgencia y sólo habían decidido deponer a Casas como gobernador.

Los enviados no tuvieron problemas en cruzar territorio coahuilense —reputado como insurgente— porque los mandos militares, entre ellos el coronel Ignacio Elizondo, y las autoridades locales estaban cambiando rápidamente su fidelidad y uniéndose al bando realista. Todos ellos comprendieron que Hidalgo y Allende, en su marcha hacia la que creían todavía insurgente Texas, en realidad estaban a punto de verse acorralados. Acompañado por los emisarios de Texas y por su exgobernador Manuel Salcedo, Elizondo tomó Monclova y poco después apresó al padre Hidalgo en Acatita de Baján. Tras la captura de los principales líderes insurgentes, Manuel Salcedo fue el encargado de escoltarlos hasta Chihuahua. El desastre de Baján, sin embargo, no hizo desaparecer el movimiento independentista en el noreste, pues algunas villas del Nuevo Santander seguían en el bando insurgente acaudilladas por los Gutiérrez de Lara.

Mientras tanto, en Texas la junta nombró gobernador interino a Manuel de Luna, a la vez que se hacían preparativos para marchar contra los insurgentes neosantanderinos, marcha a la que asistirían casi todos los miembros de la junta. El 25 de marzo, cuando ya estaba dispuesta la marcha al sur, Zambrano se dio tiempo para desmovilizar una conspiración insurgente en su contra, lo que demostraba que aún había rebeldes insurgentes en Texas. Unos días más tarde la expedición texana se topó con unos arrieros enviados por Mariano Jiménez y se apoderó de 40 cargas de plata que semanas antes estaban tratando de hacer llegar a Estados Unidos. Sin saber qué hacer con tal botín, los texanos decidieron regresar a San Antonio para resguardarlo.

En la capital provincial, Manuel de Luna hizo abortar otra conspiración para luego dejar el poder a los miembros de la junta gobernadora que regresaban de su campaña al río Bravo. Tras varios meses de aparente tranquilidad, parecía que no habría más vestigios del movimiento insurgente en Texas y, una vez recobradas las comunicaciones con las demás autoridades realistas, la junta pidió a Nemesio Salcedo la reinstalación en la gubernatura de su sobrino Manuel Salcedo. Después

de vencer la tozuda oposición del tío, quien había nombrado gobernador interino de Texas a Simón de Herrera, Manuel Salcedo regresó a San Antonio y volvió a ocupar su antiguo puesto en septiembre de 1811.

IV

Cuando Manuel Salcedo retomó sus responsabilidades habituales, se mostró alarmado por la debilidad de la provincia ante un posible ataque desde Estados Unidos o para hacer frente a otro brote de rebelión. Por ello, no cesaba de pedir auxilios para sus tropas tanto al virrey de Nueva España como al comandante general de las Provincias Internas de Oriente.

Las preocupaciones del gobernador estaban bien justificadas, pues en la zona neutral parecía estarse fraguando una conspiración más en contra del Imperio español en América. De hecho, muchos estadounidenses aún amenazaban con unirse a los rebeldes y la misma zona neutral se estaba convirtiendo en un refugio para antiguos insurgentes, donde éstos podían hacerse fácilmente de una tropa con esclavos huidos, colonos ilegales, indígenas destribalizados, abigeos y toda clase de personajes marginales que habitaban el área. Peor aún, no había manera de parar el contrabando ilegal con Natchitoches e incluso el gobernador Salcedo en ocasiones se vio obligado a participar en él para conseguir los regalos que tradicionalmente se daban a los jefes de los grupos indígenas aliados.

La preocupación del gobernador Salcedo creció al enterarse a fines de 1811 de que en los meses anteriores José Bernardo Gutiérrez de Lara había logrado salir de su cerco en Revilla — Nuevo Santander —, cruzar toda la provincia texana ayudado por el capitán presidencial de San Antonio Miguel Menchaca y encontrar refugio en Natchitoches, donde fue bien recibido y seguía fraguando planes para revivir el movimiento insurgente en el nororiente de Nueva España. Pero más aún, Gutiérrez de Lara había llegado hasta Washington, donde recibió ayuda extraoficial de los secretarios estadounidenses de Guerra, William Eustis, y de Estado, James Monroe, para emprender una invasión a Texas o Nuevo Santander desde territorio de Estados Unidos.¹³

¹³ La labor diplomática de José Bernardo Gutiérrez de Lara en Estados Unidos se narra con detalle en Marcela Terazas Basante, “¿Aliados de la insurgencia? La temprana colaboración norteamericana en la independencia de México”, en Alicia Mayer (coord.), *México en tres momentos: 1810-1910-2010. Hacia la conmemoración del Bicentenario de la Independencia y Centenario de la Revolución Mexicana. Retos y perspectivas*, 2 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2007, v. II, p. 107-118. También

Con tal bendición, Menchaca y Gutiérrez de Lara comenzaron a organizar una expedición filibustera sobre Texas. El 15 de octubre de 1811 Miguel Menchaca, al mando de un pequeño grupo de estadounidenses, cruzó el río Sabina con intenciones de tomar Nacogdoches. Una patrulla militar logró alcanzarlos y, en la confusión, Menchaca fingió volver a las filas realistas mientras que casi todos los miembros de su expedición huían de nuevo a la zona neutral. Aunque el incidente parecía no tener mayores consecuencias, Manuel Salcedo comprendía que los ánimos revolucionarios de ahora en adelante amagarían a Texas desde Estados Unidos. De inmediato, el gobernador envió escritos de protesta a las autoridades militares del territorio de Luisiana para que impidieran cualquier acto de organización de Gutiérrez de Lara, pero sus quejas cayeron en oídos sordos. Con el tiempo, los reclamos de Salcedo llegaron a la ciudad de México, a Madrid y a Washington, donde el embajador Luis de Onís trató infructuosamente de ponerlos sobre la mesa de negociaciones con diversas instancias del gobierno estadounidense.

Durante todo el primer semestre de 1812, las tropas presidiales texanas al mando del capitán Bernardino Montero y en coordinación con las fuerzas armadas estadounidenses batieron la zona neutral y echaron de ella a cuanta persona no indígena encontraban, pues era ilegal para ellos residir en el área. Sin embargo, resultaba imposible mantener “limpia” un área tan grande donde habitaban tantos grupos indígenas que podían dar refugio a los “europeos” de cualquier nacionalidad u origen. Además, las hostilidades habituales de comanches, taovayas, tonkawas y otros grupos amenazaban la seguridad de los asentamientos más expuestos en ambos lados de la zona neutral.

Mientras tanto, Gutiérrez de Lara seguía cabildeando por ayuda en Washington en los primeros meses de 1812. En ese tiempo conoció a José Álvarez de Toledo, un cubano independentista que había sido diputado a Cortes por Santo Domingo y quien se interesó en ayudarlo.¹⁴ Poco a poco, Gutiérrez de Lara encontró apoyos de otros independentistas de Sudamérica y, por supuesto, de muchos estadounidenses que veían en la independencia de México una gran oportunidad para hacerse de tierras en Texas y especular con ellas. Tras pasar varios meses

“José Bernardo Gutiérrez de Lara ‘Diary of...’”, trad. de Elizabeth H. West, *American Historical Review*, v. XXXIV, octubre de 1948, p. 55-77 y 281-294, y Whitaker, *op. cit.*, p. 94-96.

¹⁴ Véase el historial insurgente de Álvarez de Toledo en Warren H. Gaylord, “José Álvarez de Toledo Initiation as a Filibuster, 1811-1813”, *Hispanic American Historical Review*, v. XX, n. 1, febrero de 1940, p. 56-69. Sobre los preparativos de la invasión de Gutiérrez de Lara, Harris Taylor Warren, *The Sword Was Their Passport. A History of American Filibustering in the Mexican Revolution*, Baton Rouge, Louisiana State University, 1943, p. 4-32.

entre Washington y Filadelfia, Gutiérrez regresó a la frontera con Texas — a Natchitoches — en abril de 1812, acompañado del capitán William Shaler, quien se le unió en su paso por Nueva Orleáns.

Shaler y Gutiérrez no tuvieron problemas para encontrar seguidores entre las tropas estadounidenses acantonadas en el cercano fuerte Clairborne y entre los habitantes de Natchitoches. El entusiasmo de los estadounidenses por participar en una invasión a Texas, el apoyo extraoficial encontrado entre las autoridades estadounidenses, así como las noticias sobre el mal estado de las tropas texanas y el apresamiento de su familia, hicieron que Gutiérrez de Lara apresurase los preparativos para una invasión.

Del otro lado de la frontera, el gobernador Salcedo veía con preocupación los progresos de los posibles invasores. Se vigilaba cercanamente sus actividades en Natchitoches y la zona neutral y se trataba de interceptar sus proclamas y detener a sus emisarios.¹⁵ Uno de ellos fue aprehendido en junio con propaganda subversiva, lo que puso en evidencia los alcances de las actividades de Gutiérrez de Lara al otro lado de la frontera. Salcedo no dejaba de pedir ayuda a la Comandancia General y a las provincias vecinas, pero sólo recibía instrucciones y nada de armamento, comida, medicina y efectivos, que era lo que más se necesitaba para la defensa del territorio texano. Incluso intensificó sus esfuerzos diplomáticos entre los grupos indígenas para atraerlos a la causa española y realista sin lograr mayores resultados.

A pesar de la prisa de Gutiérrez de Lara, los preparativos para la invasión se prolongaron varios meses, pero tuvieron mayores alcances de lo previsto. En Nueva Orleáns y Natchez había propaganda abierta a favor a la invasión; en la primera de esas ciudades se distinguió por su eficiencia y actividad el teniente del ejército estadounidense y recientemente licenciado Augustus Magee.¹⁶ Para entonces, Estados Unidos y Gran Bretaña habían iniciado una guerra y la invasión a Texas del autoproclamado Ejército Republicano del Norte podía atraer a España al conflicto, lo que abriría las puertas al gobierno estadounidense para invadir la Nueva España.

Finalmente el Ejército Republicano del Norte, formado por unos 350 efectivos entre aventureros estadounidenses, antiguos insurgentes

¹⁵ Virginia Guedea, “La primera declaración de independencia y la primera constitución novohispana. Texas, 1813”, en Marta Terán y José Antonio Serrano Ortega (eds.), *Las guerras de independencia en América española*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2002, p. 48-49.

¹⁶ Ernesto Lemoine, “Nueva Orleáns: foco de propaganda y actividades de la Independencia mexicana”, en *Cardinales de dos independencias (noreste de México-sureste de los Estados Unidos)*, México, Fomento Cultural Banamex, 1978, p. 21-26

exiliados en Estados Unidos, españoles desertores del ejército realista, algunos comerciantes franceses y un puñado de indígenas, entró en Texas el 8 de agosto de 1812 al mando de Magee.¹⁷ Montero y Zambrano no pudieron organizar la defensa de Nacogdoches y se retiraron al sur con sólo una escolta de diez soldados, por lo que Magee y Gutiérrez de Lara entraron al pueblo el día 12 sin encontrar resistencia. Poco tiempo después, las fuerzas republicanas tomaron el pequeño asentamiento de Trinidad de Salcedo. Con estos triunfos, más aventureros de Natchitoches decidieron unirse a los invasores y se integraron a sus filas en los siguientes días hasta llegar a formar un respetable grupo de 500 efectivos.

Al saber de la toma de Nacogdoches, Manuel Salcedo pidió ayuda a cuanta autoridad política y militar pudo, pero sólo Antonio Cordero, gobernador de Coahuila, accedió a enviar una compañía presidial para auxiliarlo en la defensa de San Antonio. Los socorros tardaron meses en llegar, lo que imposibilitó a los realistas tomar la ofensiva y atacar a los invasores en su campamento de Trinidad, y Salcedo tuvo que conformarse con establecer puestos de avanzada sobre el río Guadalupe mientras intentaba fortificarse en San Antonio.

Entre tanto, los republicanos también se movieron con cierta lentitud mientras decidían cuál sería su siguiente objetivo. Finalmente, en octubre de 1812 el ejército republicano se dirigió al pueblo de La Bahía, cuya guarnición había retirado Salcedo para fortalecer la defensa de la capital provincial. La Bahía cayó sin ofrecer resistencia alguna el día 9. En ese momento, Magee y Gutiérrez de Lara izaron una nueva bandera: la de la república de Texas. Dejaban ya muy en claro cuál era su principal objetivo político: separar a Texas de Nueva España y del dominio español y propiciar desde allí la expansión del movimiento insurgente en todo el virreinato usando formas republicanas de gobierno.

Al tener noticia de la toma de La Bahía, Manuel Salcedo decidió atacar a los republicanos antes de que pudieran consolidar sus posiciones. El 14 de noviembre los realistas trataron de tomar el fuerte presidial de La Bahía, pero fueron rápidamente rechazados por los insurgentes. Cambiando estrategia, Salcedo decidió establecer tres campamentos con los que prácticamente dejaba al pueblo en estado de sitio. El sitio comenzó a bajar la moral de los republicanos, pues vieron con preocupación que, a pesar de tener abierto el acceso por

¹⁷ Warren, *op. cit.*, p. 33-51; Harry M. Henderson, "The Magee-Gutiérrez Expedition", *Southwestern Historical Quarterly*, v. LX, n. 1, Julio, 1951, p. 43-50. Véase también John Francis Bannon, *The Spanish Borderlands Frontier, 1513-1821*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1970, p. 211-213; Alamán, *op. cit.*, v. 3, p. 479-90, y Bustamante, *op. cit.*, v. 1, p. 329-335.

mar, ninguna fuerza ocurría en su ayuda. A fines del mismo noviembre los estadounidenses que seguían a Magee comenzaron a buscar la manera de abandonar el sitio y volver a Luisiana, pero Salcedo no permitió ninguna salida. El 6 de febrero de 1813 Augustus Magee murió víctima de la fiebre amarilla, con lo que Gutiérrez de Lara quedó en el mando de la fuerza con el coronel Samuel Kemper como segundo.

Pese al sitio, la costa brindaba a los republicanos alguna posibilidad de recibir auxilios y refuerzos. Así, su ejército se vio reforzado por Miguel Menchaca, un pequeño grupo de insurgentes texanos y posiblemente varios contingentes indígenas. Gutiérrez intentó romper el sitio, pero su salida fue bloqueada después de una sangrienta escaramuza. Para su suerte, el 19 de febrero Salcedo decidió levantar el sitio y concentrarse en la defensa de San Antonio ante la falta de apoyo de otras provincias novohispanas. La noticia fue tomada por los republicanos como un triunfo y pronto comenzaron a llegar a La Bahía más refuerzos para su debilitado ejército.

En cosa de un mes, Gutiérrez de Lara estuvo en condiciones de iniciar el asalto a San Antonio. El 29 de marzo de 1813 Salcedo decidió enfrentar a los insurgentes en el cercano paraje de El Rosillo, pero sus tropas desertaron para volverse en fuga a San Antonio apenas con la primera carga de los rebeldes. La fácil victoria hizo caer en manos de los republicanos una gran cantidad de caballos, municiones de todo tipo y algunos cañones de campaña. Gutiérrez de Lara situó su nuevo campamento en la misión de la Concepción, a una escasa legua de distancia de San Antonio. Allí recibió más auxilios y voluntarios que engrosaron su ejército. Cuando los republicanos hacían un alarde de fuerza frente a las murallas de San Antonio el 1 de abril, el gobernador Manuel Salcedo les ofreció rendir la plaza, lo que se llevó a cabo de manera incondicional el día siguiente. Salcedo, Herrera y otros 15 oficiales realistas fueron aprehendidos, juzgados, condenados a muerte y ejecutados en el término de tres días. Esta inusual efusión de sangre marcaría la expedición de Gutiérrez de Lara y los estadounidenses y por muchos años los realistas guardarían la memoria de estos hechos.¹⁸

¹⁸ Véanse, por ejemplo, las sumarias llevadas a cabo en Monterrey en los años subsiguientes contra Fernando de Las Casas, Ciprián García, Domingo Chávez, Vicente Rodríguez, Ignacio Arocha y Pedro Prado —este último uno de los principales sospechosos de la matanza— por su participación en las ejecuciones de las autoridades realistas de Texas en 1813 en Archivo General del Estado de Nuevo León, *Historia, Concluidos*, expedientes 5/6, 5/7, 5/8, 5/17 y 5/22 (documentos suministrados por Ana Carolina Ibarra). También Félix D. Almaraz, *Tragic Cavalier; Governor Manuel Salcedo of Texas, 1808-1813*, Austin, University of Texas Press, 1971: 171-80 y Alamán, *op. cit.*, v. III, p. 484-485.

V

La invasión había resultado en un rotundo éxito, pero ahora hacía falta darle coherencia institucional a ese triunfo militar. El 6 de abril de 1813 se publicó la declaración de independencia y, días más tarde, la constitución provisional de la República de Texas,¹⁹ se organizó una junta gubernativa y se oficializó el puesto de presidente ocupado por Gutiérrez de Lara. Aunque había una indudable influencia de diversas constituciones estatales estadounidenses en estos textos, Gutiérrez de Lara logró darle el énfasis a ambos documentos en el sentido de que se trataba de una república para los texanos, que los extranjeros no podían ostentar cargos públicos y dejaba en claro que no había ninguna intención de anexarse a Estados Unidos. La constitución, por su parte, sostenía que Texas era parte de la “República de México” y que la religión católica era la única oficial del país.²⁰ Por supuesto que estas determinaciones cayeron como balde de agua fría sobre muchos voluntarios estadounidenses, la mayoría de los cuales fue desertando de las fuerzas republicanas para volver a Luisiana en las siguientes semanas.

Pero una cosa era declarar la independencia y otra sostenerla. Ya como presidente de la provincia rebelde, Gutiérrez de Lara trató de atraer a varios militares del noreste novohispano que anteriormente habían sido insurgentes — como Ignacio Elizondo — pero no logró ninguna nueva adhesión de importancia. Al contrario, las noticias de su triunfo y de la ejecución de Manuel Salcedo y los otros 16 oficiales motivaron que las autoridades realistas tomaran previsiones para impedir que el movimiento republicano se extendiera a otras provincias. Así, Joaquín de Arredondo, al mando de una fuerza superior y auxiliado por el nuevo virrey Félix María Calleja, comenzó a movilizarse hacia Texas

¹⁹ El texto original de la declaración de Independencia — la primera conocida en la lucha insurgente mexicana — se puede consultar en Virginia Guedea, *Textos insurgentes (1808-1821)*, México Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, p. 60-65 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 126). En el texto las similitudes con la declaración de independencia estadounidense son notables.

²⁰ Véanse los mejores análisis de la declaración de independencia y la Constitución texanas así como del gobierno republicano de 1813 en Guedea “La primera...”, *op. cit.*, p. 51-60, y, de la misma autora, “Autonomía e independencia en la provincia de Texas. La Junta de Gobierno de San Antonio de Béjar, 1813”, en Virginia Guedea (coord.), *La Independencia de México y el proceso autonomista novohispano, 1808-1824*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Mora, 2001, p. 134-183. Un gran mérito de estos dos trabajos de Guedea es el uso de una documentación en archivos y autores mexicanos poco utilizada y conocida por los autores estadounidenses del tema. Véase también Warren, *op. cit.*, p. 53-72 y Julia K. Garret, “The First Constitution of Texas”, *Southwestern Historical Quarterly*, v. XL, Julio de 1936-abril de 1937, p. 290-308.

desde sus aduanares en el Nuevo Santander. Para junio, Arredondo estaba ya en Laredo, donde recibió 700 hombres de refuerzo al mando de Ignacio Elizondo y se disponía a entrar sin prisa a la provincia rebelde.

Sin embargo, Elizondo, al mando de una vanguardia de 2000 soldados, se adelantó a las órdenes de Arredondo y decidió atacar San Antonio por sorpresa. Al saberse de la proximidad de los realistas, buena parte de las fuerzas republicanas entraron en pánico y decidieron dejar la ciudad, pero fueron reorganizadas por el mayor Henry Perry. El 19 de junio las fuerzas de Perry y Gutiérrez de Lara hicieron una salida táctica y atacaron a las fuerzas de Elizondo en el paraje de Las Alazanas mientras estaban celebrando misa. La sorpresa fue enorme y en sólo dos horas los realistas quedaron completamente derrotados, perdiendo gran cantidad de animales, municiones y auxilios que fueron tomados por los enemigos, además de que Elizondo tuvo que retirarse hasta el sur del río Bravo. Por supuesto, Arredondo estaba furioso con el desastre y tardó más de un mes para reorganizar su fuerza de casi 1800 hombres e iniciar su marcha hacia San Antonio.

Gutiérrez de Lara tuvo poco tiempo para regocijarse con su victoria en Las Alazanas, pues las fuerzas estadounidenses que seguían en Texas y algunos de sus agentes en Luisiana comenzaron a orquestar un golpe de estado. A principios de agosto, José Álvarez de Toledo, que como se dijo más arriba era antiguo diputado a Cortes por Santo Domingo y firme partidario de la insurgencia americana, logró el apoyo de la mayoría de las fuerzas republicanas resentidas por el nacionalismo de Gutiérrez de Lara y de la Junta de Gobierno para deponer a éste de su carácter de presidente y naturalmente ocuparlo él.

Para contener el avance de Arredondo, Álvarez de Toledo organizó una fuerza de unos 1400 hombres gracias a la llegada de más voluntarios de Estados Unidos. El 18 de agosto las fuerzas republicanas y las realistas se encontraron en las márgenes del río Medina, en el punto de El Atascoso. Debido a la superior táctica y disciplina de las tropas de Arredondo, la batalla se resolvió a favor de los realistas, quienes lograron atenuar a gran parte de los insurgentes.²¹ Con más de mil bajas en las primeras horas del combate, los republicanos sobrevivientes volvieron derrotados a San Antonio, población que cayó fácilmente en manos de Elizondo en el curso de los siguientes días, por lo que su fuga y dispersión fue mayor. Arredondo decidió vengar las ejecuciones de abril y la derrota de Las Alazanas con la ejecución de 112 prisioneros el mismo día de la batalla, mientras Elizondo sembraba el terror entre los bejareños, a quienes reputaba en conjunto como rebeldes.

²¹ Alamán, *op. cit.*, v. 3, p. 488-491.

VI

Al día siguiente de la toma de San Antonio, Arredondo le ordenó a Elizondo que, con 500 efectivos, batiera el camino a Nacogdoches para cortar la retirada al enemigo. En los siguientes días, Elizondo capturó a 100 antiguos soldados republicanos, así como a algunas familias de civiles que también trataban de huir a Estados Unidos. Incluso se dio el lujo de ejecutar a unas dos docenas de prisioneros y dejar el paso franco a varios estadounidenses para que volvieran a su patria, pero no logró capturar a ninguno de los líderes republicanos.

Arredondo se encargó de restablecer la normalidad institucional en Texas. Aunque nombró gobernador al teniente coronel Cristóbal Domínguez, en realidad él retuvo el poder civil y militar mientras se mantuvo en la provincia hasta abril de 1814. Poco a poco se fue haciendo evidente la destrucción creada en los últimos dos años y medio de lucha en Texas y se trataron de tomar algunas medidas de alivio; pero la provincia estaba exhausta, había perdido población y no había posibilidad de obtener recursos extraordinarios del virreinato. Al mismo tiempo, diversos grupos de insurgentes y extranjeros no dejaban de organizarse para llevar a cabo nuevas incursiones o invasiones a territorio texano desde la Luisiana. En Nueva Orleans, por ejemplo, Álvarez de Toledo mantuvo contactos con José María Morelos durante 1814 y 1815 y éste vio en los norteamericanos la posibilidad de conseguir apoyos para la causa insurgente.²²

En los siguientes meses, Texas parecía volver a su tradicional estado de marginación, pero, como único auxilio para la provincia, se acantonaron en ella en diversos periodos varias compañías presidiales de Nuevo León, Coahuila y Nuevo Santander y un regimiento de Extremadura, con lo que en algún momento llegó a haber una fuerza total de poco más de 1 300 efectivos en toda la provincia, con el fin de protegerla de hostilidades indígenas y de otras posibles invasiones insurgentes desde territorio estadounidense. Incluso Arredondo, desde su nuevo puesto de comandante general de las Provincias Internas de Oriente, apoyaba en lo posible el avituallamiento de los presidios y la construcción o reconstrucción de fuertes, cuarteles y barracas.

En Luisiana, los antiguos líderes republicanos reiniciaron sus labores de cabildeo de manera más o menos independiente para organizar una nueva expedición sobre Texas, pero, frente a su anterior fracaso, ya no encontraron ni iguales las facilidades ni el interés de las autori-

²² Alamán, *op. cit.*, v. 4, p. 394-396.

dades estadounidenses. De la misma manera no cesaron en su propósito y comenzaron a expandir sus actividades a casi todo Estados Unidos. Uno de los grupos que se logró organizar, comandado por John Robinson — conocido de Álvarez de Toledo — entró al casi fantasmal pueblo de Nacogdoches en octubre de 1813 y estableció un cuartel provisional.²³ Aunque esta ocupación no tenía mayor significado militar, hizo que se reactivaran en Luisiana varios planes para invadir de nuevo Texas y restaurar la república. Con algunos sobrevivientes de la anterior invasión, se formó en las riberas del río Sabina un gobierno provisional de “los hombres libres de las Provincias Interiores de México” a fines de noviembre de 1813, lo que animó aún más a los interesados en una nueva invasión, pero por varios meses no se reportaron otras actividades de los rebeldes. Incluso durante 1814 los dos campamentos rebeldes fueron abandonados.

A principios de 1815, una vez terminada la guerra entre Inglaterra y Estados Unidos, comenzaron a surgir planes para invadir por mar algunos puntos de Texas o Nuevo Santander. Para agosto, Henry Perry se había hecho con una embarcación; comenzó a acechar la isla de Galveston y estableció un pequeño fuerte en lo que llamó Punta Bolívar, que no molestaron las tropas realistas incluso hasta el fin de la guerra, aunque ocasionalmente fue amagado por incursiones indígenas, más que de realistas.²⁴ Varios meses más tarde, el insurgente venezolano Luis Aury exploró parte de la costa texana con el fin de evaluar una posible invasión marítima, pero sus propias tropas lo dejaron herido cerca de Galveston. Finalmente, el 7 de septiembre de 1816, un delegado de los insurgentes del centro de México — José Manuel de Herrera — declaró que la isla de Galveston era puerto legal de la República Mexicana. Aury y Henry Perry se desempeñaron de manera intermitente como comandantes de este pequeño territorio insurgente y fueron quienes pudieron ofrecer alguna ayuda — y ocasionarle ciertos problemas — a Francisco Xavier Mina.²⁵

Mina hizo varias escalas en Galveston entre febrero y abril de 1817 preparando su expedición sobre Nuevo Santander, e incluso desde allí emitió una de sus famosas proclamas.²⁶ Aury, y algunos insurgentes y

²³ Warren, *op. cit.*, v. p. 73-95, y Andrés Tijerina, *Tejanos & Texas under the Mexican Flag, 1821-1836*, College Station, Texas A&M Press, 1994, p. 19.

²⁴ Thomas Wolf, “The Karankawa Indians: Their Conflict with the White Man in Texas”, *Ethnohistory*, v. XVI, n. 1, invierno de 1969, p. 21-22.

²⁵ Al respecto, véase William Davis Robinson, *Memorias de la Revolución Mexicana. Incluyen un relato de la expedición del general Xavier Mina*, ed. de Virginia Guedea, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, p. 84-94; Warren, *op. cit.*, p. 96-193; Bustamante, *op. cit.*, v. IV, p. 324-342 y Alamán, *op. cit.*, v. IV, p. 552-557.

²⁶ Véase Bustamante, *op. cit.*, v. IV, p. 317-323 y Ribes, *op. cit.*, p. 61 y ss.

extranjeros que vivían en la isla decidieron unírsele, con lo que las reducidas fuerzas de Punta Bolívar quedaron al mando de Perry, quien a su vez comenzó a calcular las posibilidades de invadir la bahía de Matagorda para complementar el desembarco de Mina en Soto la Marina. Durante junio de 1817, dos grupos de estadounidenses desembarcaron en La Bahía y establecieron un campamento. Perry intimó rendición al capitán Castañeda del presidio de La Bahía, pero éste se negó a entregar el fuerte. Sin embargo, los invasores, que ya no eran más que unas 50 personas, decidieron no atacar de inmediato.

En San Antonio, el gobernador Antonio Martínez fue tomado por sorpresa con el desembarco y no pudo enviar tropas a la costa. Cuando reunió unos 110 hombres procedió en ayuda de Castañeda y se encontró con que Perry y sus hombres estaban tratando de huir más que pelear. En la madrugada del 19 de junio los texanos derrotaron al pequeño grupo de Perry en el paraje de El Perdido, apresando a la mitad de la partida y dejando muerta en el campo a la otra mitad, entre ellos a su comandante.

A la muerte de Perry, Aury siguió con sus actividades insurgentes en varias regiones de la América española —incluida California—²⁷ y sus tropas incluso lograron establecer en julio de 1817 un efímero campamento rebelde en las cercanías de las islas de la bahía de Matagorda como resultado de un naufragio.

VII

Parecía entonces que la provincia retornaría a su vida normal, objetivo que se fue logrando muy lentamente en los meses siguientes, aunque la provincia ya estaba abierta para cualquier intento de invasión. De hecho, las posibilidades de incursiones terrestres o marítimas ocupaban buena parte de los desvelos de las autoridades de la provincia. Además, había que lidiar con los problemas habituales: despoblación, anarquía en la zona neutral, falta de auxilios de toda clase, aislamiento e incursiones indígenas.

En efecto, no pasó mucho tiempo antes de que los intereses extranjeros se volvieran a posar sobre Texas. Una vez más, la amenaza vino desde Estados Unidos, pero no de parte de los enemigos tradicionales del Imperio español en América. En Estados Unidos se había refugiado un buen número de seguidores de Napoleón Bonaparte, entre ellos su

²⁷ Bustamante, *op. cit.*, v. V, p. 62-64 relata el episodio de la incursión argentina en California sin mencionar a Aury.

hermano José, quienes comenzaron a elaborar complejos planes para liberar a su antiguo emperador de sus exilios de Elba y Santa Elena y reinstalarlo en el trono francés. Como paso previo, Charles Lallemand había organizado una colonia francesa en el oeste de Arkansas, en un área muy cercana a la frontera texana, que contaría con la participación de unas 60 familias de antiguos soldados bonapartistas. El embajador Luis de Onís y las autoridades novohispanas vieron con sospecha el proyecto y, en efecto, pronto los colonos franceses estaban buscando un lugar para establecerse entre los ríos Trinidad y Sabina, muy adentro de territorio texano. Los supuestos colonos, bien pertrechados, fueron llegando al asentamiento *Champ d'Asile* — también llamado *La Libertad* — cruzando territorio texano desde la bahía de Matagorda, a donde fueron transportados por el famoso pirata Jean Lafitte en marzo de 1818.²⁸ Éste, además, utilizó la isla de Galveston y la base de Punta Bolívar en diferentes épocas como base para sus aventuras bélicas y comerciales, de manera que la volvió más una base pirata que insurgente.

Con algunos trabajos, los franceses pudieron viajar tierra adentro para fundar su nueva población, de la cual lo primero que erigieron fue un pequeño fuerte. Acto seguido, los colonos se organizaron en tres compañías y comenzaron a urdir nuevos planes para la restauración bonapartista. De allí Lallemand hizo publicar una convocatoria en periódicos estadounidenses donde llamaba a más soldados-colonos para que se les unieran.

En mayo de 1818, el gobernador Martínez recibió órdenes de expulsar a los franceses de territorio español, pero la falta de elementos y la crecida de varios ríos le impidieron acercarse a su colonia. En septiembre, Martínez se declaró listo para ir por los intrusos, pero para entonces su campaña ya no era del todo necesaria. Un poco antes, en agosto, los franceses habían abandonado *Champ d'Asile* ante la amenaza indígena y al enterarse de los preparativos de las fuerzas texanas para ir a batirlos, de manera que muchos volvieron a Estados Unidos vía Galveston mientras que otro grupo de cien excolonos encabezados por Antoine Rigaud se quedaba en Punta Bolívar por su cuenta. Además, Lallemand comenzó a recibir presiones de las autoridades estadounidenses al percatarse de que la Colonia no estaba en territorio de Estados Unidos.

Detrás de los franceses, algunos aventureros estadounidenses comenzaron a planear nuevas invasiones a Texas. A mediados de ese mismo año, un grupo de soldados estadounidenses encabezados por

²⁸ Guadalupe Jiménez Codinach, “Confédération Napoléonnie. El desempeño de los conspiradores militares y las sociedades secretas en la Independencia de México”, *Historia Mexicana*, XXXVIII, n. 1, [149], julio-septiembre de 1988, p. 43-68; Warren, *op. cit.*, p 189-232 y Alamán, *op. cit.*, 4: 693-695.

el mayor George Graham cruzaron territorio texano para persuadir a los franceses de que abandonaran su asentamiento. Los franceses ya se habían marchado cuando los estadounidenses llegaron a Champ d'Asile, pero durante su travesía Graham se dio cuenta de las increíblemente débiles defensas de Texas, entró en contacto con Lafitte y Aury en Punta Bolívar y comenzó a coquetear con la posibilidad de que Estados Unidos estableciera una base naval en la isla para sustentar su reclamo de que la Luisiana llegaba hasta el río Grande, frente a las negociaciones diplomáticas que entonces se estaban llevando a cabo con España por los problemas limítrofes.

Por su parte, Martínez envió en septiembre al capitán Castañeda a destruir el ya abandonado cuartel presidencial de Nacogdoches, expulsar a los colonos ilegales y, en fin, para tratar de poner orden en la despolada frontera oriental de Texas. Castañeda se encontró con los franceses que estaban en Galveston e intentó desalojarlos, tarea casi imposible al no contar con embarcaciones. Sin poder arribar a la isla y al ver que los colonos no eran una amenaza real para el resto de Texas, el capitán decidió sólo destruir el abandonado Champ d'Asile, tarea que le llevó un par de días. Castañeda volvió a San Antonio sin hacer campaña hacia Nacogdoches o el río Sabina.

A principios de 1819 se dio a conocer el tratado Adams-Onís, que definía claramente la frontera entre España y Estados Unidos. En Nueva Orleans y en la frontera oeste en general, el tratado fue repudiado abiertamente porque significaba, en el decir de muchos expansionistas, que se condenaba a Texas a vivir “bajo la implacable dictadura de España”.²⁹ No tardaron en organizarse varios grupos de conspiradores que intentaban “rescatar” Texas para los estadounidenses. Pronto varios de esos grupos se unieron bajo el liderazgo de James Long, un antiguo cirujano del ejército estadounidense que había luchado en la guerra de 1812 contra Inglaterra. Long iba a encabezar una de las expediciones mejor financiadas, pues los conspiradores habían logrado colocar bonos en el mercado por 500 000 dólares que serían pagados con tierras en Texas.³⁰

En junio de 1819 un pequeño grupo al mando de Eli Harris llegó al abandonado Nacogdoches, y días después se le unió Long y su gente, con lo que los invasores —entre los que se contaba de nuevo José Bernardo Gutiérrez de Lara— llegaron a sumar unas 600 personas. El día 23 Long proclamó la independencia de la “República de Texas”, estableció un consejo de gobierno y se nombró presidente. De inmediato

²⁹ Editorial del *Advertiser* de Nueva York en Castañeda, *op. cit.*, v. VI, p. 160.

³⁰ Warren, *op. cit.*, p. 233- 254.

comenzaron a organizar la Colonia haciendo labores de agrimensura para fraccionar las primeras propiedades que se pondrían a la venta. La Colonia de Long pronto comenzó a sufrir de escasez de alimentos porque las autoridades estadounidenses les aplicaron las leyes de neutralidad, lo que llevó a los colonos a conseguir auxilios a través de Jean Lafitte en su base de Galveston. Para agilizar las negociaciones, Long declaró en octubre que Galveston era un puerto libre de la república de Texas. Esta proclamación alarmó a Lafitte pues llamaría mucho la atención sobre su ocupación de la isla, de manera que decidió dejar de ayudar a la expedición de Long para mantener un perfil bajo frente a las autoridades novohispanas.

Ya desde junio de 1819 el gobernador Antonio Martínez sabía de la entrada de Long a Nacogdoches, pero tuvo que esperar refuerzos y municiones que le enviaba el comandante Arredondo para iniciar una campaña formal contra los estadounidenses. Para fines de septiembre ya estaba organizada una fuerza de 550 hombres al mando del teniente Ignacio Pérez que procedió al noreste de la provincia. Cuando llegó a Nacogdoches, encontró que los invasores habían huido hacia Galveston o hacia el río Sabina y sólo pudo apresar a unos 40 colonos y texanos desertores en el curso de las siguientes semanas. Batiendo los terrenos limítrofes con Luisiana, Pérez se topó con la sorpresa de que había un pueblo de unos mil habitantes dentro de territorio texano llamado Pecan Point. Este pueblo se había formado de manera pacífica y paulatina desde hacía dos años con colonos estadounidenses que habían sido desplazados de Arkansas y Luisiana y no habían entrado en contacto con las autoridades texanas. Pérez conminó a los colonos a retirarse y destruyó la modesta población a principios de noviembre de 1819. Tras hacer una rápida inspección de las ruinas de Nacogdoches, Pérez decidió volver a San Antonio a mediados del mes.

James Long había huido apenas a tiempo cruzando el río Sabina, pero en cuanto supo que Pérez iba a abandonar el área se propuso volver a Texas y reanimar su "república". De nuevo la entrada se hizo a través de Galveston y Punta Bolívar y de nuevo contó con la ayuda de Lafitte en abril de 1820. Para junio de ese año se restableció la junta gobernadora y se nombró a un nuevo presidente: E. W. Ripley, y como vicepresidente a Gutiérrez de Lara, mientras Long buscaba en tierra firme un lugar donde establecer una colonia para sus casi 800 seguidores mientras construía un pequeño fuerte en el paraje de Las Casas. La Colonia no podía progresar por las incursiones indígenas y por falta de auxilios de Nueva Orleans, así que casi todos los elementos republicanos quedaron varados en Galveston por el resto de 1820 y los primeros meses de 1821 o simplemente volvieron a Luisiana.

El largo periodo de hostilidades en Texas había dejado ya su huella pues, además de la destrucción de riqueza, la provincia había perdido población. Según un informe del visitador Navarro y Noriega, para 1820 la provincia tenía 3334 pobladores casi 1000 menos que una década antes, y sus fuerzas armadas se habían reducido a 170 soldados en San Antonio y cercanías y a 50 en el presidio de La Bahía.³¹ Mientras tanto, en todo el norte novohispano y en Texas se iban recibiendo las noticias de la proclamación del Plan de Iguala y los avances del Ejército Trigarante. En un principio, el comandante general Joaquín de Arredondo rehusó unirse a los trigarantes, pero a principios de julio de 1821 escribió al gobernador Martínez que la independencia se veía ya como un hecho consumado y le recomendaba que se adhiera al Plan de Iguala. El 17 de ese mes, Antonio Martínez y todas las autoridades civiles y eclesiásticas de San Antonio de Béjar decidieron adoptarlo y enviar su adhesión formal a la ciudad de México.

Al mismo tiempo, ansioso por tomar parte en alguna acción, Long había decidido atacar por sorpresa el presidio de La Bahía. Sin embargo, tuvo que proceder con extrema lentitud por falta de apoyo logístico, de manera que sólo pudo desembarcar con 52 efectivos en las cercanías de su objetivo en octubre de 1821. Aun así, la gente de La Bahía fue tomada por sorpresa el día 3, cuando los elementos de Long entraron al pueblo gritando como indios y echando tiros al aire. El alcalde Buentello avisó a Long que Texas ya se había incorporado a una república mexicana independiente de España; decidió admitirlo de manera pacífica y envió un emisario a San Antonio a pedir auxilio e instrucciones al gobernador Martínez. Éste despachó a Ignacio Pérez para exigirle a Long su rendición incondicional. El 8 de octubre, después de algunas negociaciones fallidas, Long decidió que defendería la plaza. A lo largo de esa jornada hubo confusos tiroteos en diversas partes de La Bahía entre texanos y estadounidenses que no produjeron ningún cambio en la situación ni bajas en ninguno de los bandos. Al ver la inutilidad de su resistencia, Long decidió rendirse y fue enviado preso a San Antonio al atardecer de ese mismo día.

Por meses, Martínez no supo si tratar a Long como invasor o como insurgente, pero en enero de 1822, cuando ya él había jurado guardar la independencia de México, fue sustituido en la gubernatura de Texas por Félix María Trespalacios, antiguo colaborador de Long, con lo que decidió liberar al estadounidense y terminar así con su aventura.

³¹ Citado en Alessio Robles, *op. cit.*, v. I, p. 50 y Jesús F. de la Teja y John Wheat, "Béxar: Profile of a Tejano Community, 1820-1832", en Gerald E. Poyo y Gilberto M. Hinojosa (eds.), *Tejano Origins in Eighteenth Century San Antonio*, Austin, University of Texas Press, 1991, p. 3.

Consideraciones finales

Los sucesos de la lucha independentista mexicana en la provincia de Texas son complejos y diversos porque se vinculan de múltiples maneras a varios movimientos políticos de Hispanoamérica y Estados Unidos. En un primer momento, el golpe de Juan Bautista Casas y el contragolpe de Juan Manuel Zambrano responden a mecánicas de poder político y militar típicas de la insurgencia mexicana en su primera etapa. Las conspiraciones entre clérigos, miembros de las elites locales o regionales y autoridades políticas y militares se repitieron a lo largo de la Nueva España entre 1808 y 1811. En el caso de Texas, esos primeros cambios en la política provincial ligados a la insurgencia pueden considerarse un eco un poco tardío de la situación general de las Provincias Internas de Oriente, donde las sucesivas adhesiones al movimiento de Hidalgo y luego a la causa realista caracterizaron los primeros meses de lo que sería la lucha por la independencia mexicana.

Del mismo modo, la creación de Juntas gubernativas locales parece responder de manera natural a los acontecimientos contemporáneos tanto en España como en Nueva España.

La expedición de Magee y Gutiérrez de Lara, en cambio, muestra ya la combinación de elementos propiamente novohispanos con angloamericanos e incluso caribeños. La actuación del neosantanderino se adecua a un modo de pensar y operar que tanto Hidalgo como Morelos quisieron poner en práctica: relacionarse con movimientos externos que apoyaran la causa insurgente. Los estadounidenses, en cambio, aparecen en la independencia en Texas con ideales e intereses ajenos a la insurgencia mexicana, aunque con objetivos comunes. Entran a esta combinación, además, varios personajes de diversos procesos independentistas en Hispanoamérica que, como José Álvarez de Toledo o Luis Aury, tienden a fomentar sus actividades contra España en todo su Imperio americano e incluso fuera de él.

El triunfo de esta primera república de Texas marca el clímax de la insurgencia en la provincia con referencias obligadas a eventos y tradiciones tanto estadounidenses como novohispanas. El “provincialismo” de Gutiérrez de Lara tiene paralelismos obvios con el movimiento de Morelos que buscaba una independencia específica para la Nueva España. Sin embargo, en la formulación de los textos de la declaración de independencia y la constitución texanas la influencia de las tradiciones republicanas estadounidenses — incluyendo la rebelión en Florida Occidental — son muy obvias y creo iban más allá de sólo atraerse el apoyo de los estadounidenses. Finalmente, esta República fue derrotada



en el ámbito estrictamente militar, al igual que otros muchos movimientos similares.

Tras el triunfo de Arredondo en la batalla del río Medina, el movimiento insurgente en Texas pasó a ser dominado por intereses extranjeros más que locales. A partir de 1814, la lucha independentista se plantea más como una serie de invasiones preparadas desde Estados Unidos que como una rebelión insurgente propiamente dicha. La debilidad secular de la frontera texana dejaba siempre la puerta abierta a cualquier tipo de incursión; es por ello que se suceden con mayor o menor éxito amagos, amenazas e invasiones de grupos tan disímiles como antiguos insurgentes, franceses bonapartistas, piratas caribeños convertidos en comerciantes, militares estadounidenses dispuestos a tomar Texas para Estados Unidos e incluso colonos pacíficos que sólo buscaban tierra donde sembrar. En esta etapa, los intereses locales parecen difuminarse ante intereses foráneos, siendo entre ellos el hambre estadounidense de tierras el motor más poderoso que mantendría viva la lucha independentista en Texas y que se manifestaría con más claridad y contundencia en las primeras décadas del México independiente.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS